

íntimo de nuestro corazón y por la voz de nuestra conciencia.

CAPITULO X.

Fin del hombre. Pruebas de la inmortalidad del alma.

Todos los seres, desde el momento que existen en un sistema ordenado por una inteligencia suprema, tienen un objeto ó fin. El fin del hombre se deduce de su naturaleza, pues siendo el hombre una fuerza libre é inteligente, conoce el bien por su inteligencia y puede ejecutarlo por su libertad; y por consiguiente el fin del hombre es la observación de la ley moral.

El hombre tiene una tendencia doble, la de la pasión que le es fatal, y la de la inteligencia que es libre. Por la pasión el hombre persigue invenciblemente la felicidad; por la inteligencia, ó por las ideas, el hombre persigue la felicidad en tal ó tal senda, según la idea que del bien ó del mal se ha formado: la lucha de estas dos tendencias constituye el combate en el cual triunfa ó sucumbe la libertad humana.

Si el hombre obedeciese ciegamente al instinto de la pasión, cesaría de ser libre, y si la pasión no pudiese en movimiento sus facultades cesaría de ser activo. La inteligencia debe dirigir, y en efecto dirige el movimiento de la pasión; la fuerza simpática del alma se inclina hácia tal ó cual objeto, según

el impulso que recibe de la fuerza inteligente. Por consiguiente, si colocamos la idea del bien en los placeres de los sentidos, todas las afecciones del alma se inclinarán hácia ese lado; si al contrario colocamos la idea del bien en el cumplimiento del deber, la inteligencia dirigirá en ese sentido todas las afecciones del alma.

La ley moral consiste en el sacrificio del hombre á Dios; colocando la regla del deber en la razón y no en la pasión ó el interés. Dios nos ha establecido en un terreno sólido; pues si hubieramos de seguir la pasión, nos veríamos arrastrado en mil direcciones diversas, sin que nos fuera lícito combatir á la pasión que nos conduciría; y si el interés debiese ser la ley de nuestras acciones, no podríamos tomar determinación alguna sino después de largos cálculos cuyos resultados serían las mas veces engañosos, pues circunstancias imprevistas derrotarían las mas verosímiles combinaciones. El deber, al contrario, se muestra claramente á la razón; y cuando se consulta á la conciencia después de haber hecho callar el grito de las pasiones y del interés, la voz íntima de la conciencia habla sin oscuridad, y la observancia de sus consejos nunca trae consigo los remordimientos é inquietud que consigo traen las acciones que desaprueban.

La felicidad es la recompensa del cumplimiento de la ley, pues es según el orden que toda fuerza que obra según su naturaleza sea dichosa. Mas el alma no debe tender directamente á la felicidad, sino amar el bien por el amor del bien, y no con la mira directa de la dicha que promete; lo cual es tan

cierto que la obra pierde su mérito si el fin es ulterior. El que ejecuta el bien no proponiéndose el mismo bien por objeto, y el que obedece á Dios no porque Dios le manda, sino movido por la recompensa que espera, calcula de un modo vulgar y no procede segun la virtud. Sin duda los que obran segun la virtud con la mira del bien reciben la recompensa de la virtud, que es la dicha; mas esta no la merecen si en ella han concentrado todos sus pensamientos. Si la dicha fuese el fin legítimo de la humanidad, podríamos alcanzarla dirigiendo á este fin todos nuestros esfuerzos y conatos; y cabalmente sucede todo lo contrario; pues cuando hacemos una accion exteriormente buena, si nos proponemos por objeto el placer que debe resultarnos, este nos falta; así, cuando damos limosna con la intencion de encontrar una satisfaccion en esta accion, el placer que nos causa apenas nos es sensible, mientras que si tenemos en mira el cumplimiento de la ley moral y religiosa que nos manda aliviar la miseria, recibimos, á causa de la rectitud de nuestro corazón, la satisfaccion interior que es el justo premio de la virtud. Si el movil de nuestra accion fuese el interés propio, el fin seria errado; así el contento dista mucho de ser el fin directo de la virtud, en términos que cuando nuestras intenciones tienden á él directamente no hay contento ni virtud, y este hecho, que constantemente se reproduce, nos muestra que debemos hacer el bien por amor del mismo bien, y como nos manda el Evangelio, por caridad ó amor de Dios y del prójimo, y no con la mira de la dicha ó recompensa que es la sancion moral.

No tiene duda que si el premio no siguiese á la virtud faltarian al hombre las fuerzas para ser virtuoso, y este es uno de los vicios del estoicismo que, aislando la virtud de la recompensa, ha colocado el deber en una region inaccesible al hombre. Cayendo en el esceso opuesto, el epicureismo ha calumniado la naturaleza humana, pues el deleite no es, como aseguran los epicureos, el fin de las acciones humanas, y de ninguna manera las legitima; si bien la esperanza de la dicha debe sostener y fortificar el amor de la virtud, como maravillosamente lo enseña el Evangelio que es la antorcha de la humanidad.

El hombre está pues destinado á llegar á la dicha por la virtud; mas si en este mundo la coronase siempre el premio, la virtud no seria mas que un cálculo, y no habria tanto lugar de esperar una vida futura, ni una recompensa fuera de la muerte, pues ya en este mundo hubiera quedado sancionada la moral.

Si la virtud hallase siempre una recompensa proporcionada á su mérito, y el vicio un castigo igual al crimen, no habria, como acabamos de insinuar, ningun fundamento sólido para creer la existencia de una vida ulterior. Mas no sucede así, y la historia nos ofrece muchos ejemplos del triunfo del crimen y la opresion de la virtud. La sancion de la ley moral no es constante, pues el remordimiento que interiormente castiga al vicio, y el suplicio que lo castiga exteriormente, no alcanzan siempre á los mas culpables, pues la perversidad de corazón libra de remordimientos, y la astucia y maña se burlan

de la justicia humana. Por otra parte el hábito de la virtud disminuye la satisfaccion moral, y la injusticia humana calumnia las mas virtuosas intenciones, y persigue la virtud como crimen. Por consiguiente si no tuviese otra sancion la ley moral, sucederia, contra toda justicia, que mientras mas criminal seria el hombre menor seria su castigo, y ademas tanto menor el contento cuanto mayor fuese la virtud.

La psicología nos muestra el alma humana como una sustancia simple, independiente del cuerpo, y no como este perecedero y mortal. Mientras que el cuerpo vuelve á la tierra, perdiendo la fuerza que daba movimiento á sus órganos, el alma, como fuerza distinta, puede volver á la vida universal de que emana y conservar su existencia personal. La espiritualidad del alma prueba la posibilidad y no la necesidad de una vida futura, y en virtud de su unidad el alma es inmortal, no como persona, sino como sustancia, siendo por esta razon posible mas no necesaria la identidad personal.

El deseo de una felicidad infinita, natural al corazon humano, conduce por una induccion poderosa á la esperanza de la inmortalidad; pues este deseo ha sido colocado en nuestro corazon por el autor mismo de nuestro ser, y debe hallar en alguna parte su objeto; pero esto no pasa de una induccion si bien poderosa y de mucho peso.

La verdadera prueba y sin réplica de la inmortalidad del alma y de la vida futura es la justicia divina; pues la razon nos muestra claramente que un ser soberanamente justo debe premiar la virtud y

castigar al vicio, y siendo la virtud perseguida y el vicio triunfante en esta tierra, debe necesariamente haber una vida futura en la que quede sancionada la moral. Asi, la vida del hombre no fenece en la huesa, y el sepulcro es, segun la sublime expresion de M. de Chateaubriand, el pórtico de la eternidad.

CAPITULO XI.

Deberes del hombre para con Dios.

El hombre no tiene mas que echar una mirada al rededor de sí, para reconocer lo que debe á su Creador. La inteligencia y libertad lo han constituido rey de la naturaleza. Por el buen uso de sus facultades llega al conocimiento de Dios, avasalla los animales y sojuzga á la naturaleza. Criado á la imagen de Dios, por el poder de su inteligencia, amolda á su grado y somete á su provecho todas las fuerzas de la naturaleza, al paso que por la filosofia, poesia é industria, domina sobre los campos de la inteligencia, imaginacion y materia. No hay límites que no pueda superar; sus progresos en las ciencias son indefinidos, y cuando las conquistas del pensamiento lo han conducido á una cierta altura, este puesto elevado le sirve de punto de partida para otras regiones superiores. Tan nobles ventajas, y tan sublimes dones, el hombre no los posee por sí mismo, mas los deriva del autor de la naturaleza. Así

pues, la vida no solamente es un don sino un beneficio, y el hombre colmado de bienes por su Creador debe tributarle homenaje.

El hombre debe pues someterse á la autoridad de Dios y reconocer sus beneficios con amor; esta sumision y este amor constituyen la religion que une la tierra al cielo, y es como aquella doble escala de la vision de Jacob, por la cual los ángeles del Señor bajan para traer á los hombres las órdenes divinas, y suben para llevar al cielo las oraciones y votos de la tierra. La religion esplica el enigma de la vida y enseña al hombre su origen, su estado y su fin. Tal como la columna de fuego que guiaba al pueblo de Israel por el desierto, nos ilumina y conduce por los tenebrosos arenales de este mundo, y como un maná celestial nutre y fortifica nuestras almas. Sin la idea de Dios, sin su divina providencia y sin la afeccion que á él nos dirige, la tierra solo seria una demora maldita, un horroroso caos. La humanidad, separada de Dios por el ateismo, marcharia en el desorden y en la destruccion.

Los sentimientos religiosos, esto es, la entera sumision á las órdenes de Dios, y el amor que debemos tributarle por los inmensos beneficios de que nos ha colmado, constituyen la adoracion ó culto interior; pero estos sentimientos del alma deben tener una espresion que los manifieste, pues es imposible que el corazon se halle penetrado de amor divino, ó arrebatado de casto éstasis, ó santo delirio, sin que la emocion se manifieste á lo exterior por signos sensibles, los cuales constituyen el culto exterior. De la misma manera que el pensamiento se

produce y se comunica por la palabra, de la misma manera el sentimiento religioso se produce y comunica por el culto exterior. Exigir que el amor de Dios quede estacionario en el alma, es querer oponerse á todas las leyes de la naturaleza. Lo que existe se manifiesta necesariamente; y los que declaman contra el culto exterior, y que solo ven hipocresia y prácticas vanas en la espresion de los sentimientos religiosos, estos tales ignoran absolutamente el poder del amor y la santidad del éstasis.

El culto exterior es al sentimiento religioso lo que la palabra al pensamiento; espresándolo lo fortifica. Al entrar en un templo católico, al ver arder y brillar la cera, al oír los armónicos acentos del órgano y las voces angélicas de las vírgenes, al respirar el suave aroma del incienso que se eleva al cielo, no hay hombre, á menos que esté profundamente corrompido, que arrebatado en éstasis inflamado de amor, no sienta exhalar en aroma su corazon como un pedazo de incienso en el incensario.

El culto exterior solo vale por el culto interior. A menudo sucede que personas débiles tomando la forma por el fondo, hacen consistir la religion casi esclusivamente en ceremonias y actos exteriores; tambien sucede desgraciadamente que la impostura usurpa las apariencias de la religion para llegar á fines criminales. Pero la supersticion y la hipocresia no pueden prevalecer contra el culto exterior, cuando lo vivifica la verdadera religion; y no se debe suprimir la espresion de un verdadero sentimiento religioso bajo el pretesto que esta espresion es sola-

mente una forma para ciertas personas, y una máscara para otras; de otro sería preciso igualmente á causa del mismo principio suprimir la palabra porque algunos la usan para espresar necesidades ó errores y otros para ocultar la verdad. « Es superstición, dice Pascal, hacer consistir la esperanza solamente en formalidades y ceremonias; pero también es soberbia no querer someterse á ellas. »

CAPITULO XII.

De la oracion.

Los que no creen que exista comunicacion entre el Ser supremo y sus criaturas, pasan gran parte de su vida en combates impotentes contra la suerte ó en monólogos infructuosos; mas no sucede así en las gentes religiosas, que se unen á Dios con confianza, tanto en sus horas de entusiasmo, como en sus horas de aridez, y de cuyo pecho la oracion evangélica se exhala como el perfume del caliz de una flor.

Las vidas de los Santos y el consentimiento unánime de las personas pias nos convencen que pasan en los corazones religiosos á consecuencia de la oracion, ciertos movimientos que lo calman ó lo sostienen sin que se pueda asignárseles causa alguna exterior ni atribuirlos á la ligazon ordinaria de los acontecimientos de la vida. Igualmente la oracion hace sentir á las personas religiosas inspiraciones

luminosas, ideas sublimes y en una palabra la revelacion de Dios al hombre de un modo mas directo.

Hay dos escollos que evitar en este punto; el uno es la incredulidad de aquellos que no confían ó confían apenas en la oracion, y el otro la vana presuncion ó mas bien el abominable orgullo de los que se imaginan poder comunicar directamente con el cielo, y obtener todos sus caprichos, cuando para lograr los inmensos efectos de la oracion son necesarias la humildad evangélica, la caridad ardiente y la fe que trasporta las montañas.

Prescindiendo de las infalibles promesas de Jesucristo, y del consentimiento unánime de las personas pias, puede darse entre las pruebas filosóficas que prueban la eficacia de la oracion, la generalidad del hecho mismo que es de todos los lugares, de todos los tiempos, y aun se puede añadir de todos los hombres, pues tal vez no hay ninguno que no ore y aspire de un modo mas ó menos perfecto. La humanidad entera ora. De un extremo de la tierra al otro se eleva continuamente un concierto de oraciones que se escapan de los corazones con mil acentos diversos, y se dirigen á Dios como el Soberano Hacedor de todas las cosas. La oracion es en cierto modo en el mundo moral como la luz en el mundo físico; y así como la luz no es en todas partes igualmente pura é igualmente viva, así la oracion no es siempre ni en todas partes igualmente verdadera, digámoslo así, igualmente santa. La verdadera oracion, procedente de la fe y de la caridad, pertenece á Dios enteramente, al cual se eleva en aspiraciones santas, ya sea estática y radiante,

ya sea dulce y plañidera, ya espese el arrepentimiento y la resignacion. De cualquier modo que sea siempre desea firmemente adherirse al orden supremo y abandonarse á la Providencia. Humilde y dolorosa es un suspiro dirigido al cielo, y espresa el arrepentimiento y remordimiento de la falta cometida y el esfuerzo para levantarse y volver á la virtud; suave y dichosa es la efusion de un corazon que rebosa de júbilo, que se estremece de alegría y se esfuerza en dar gracias al Criador por sus bondades y beneficios. Si se escapa en himnos plañideros y en acentos melancólicos, espone los combates y las pruebas, las miserias, y á veces los castigos que Dios envia al hombre en su sabiduría, para sostenerlo ó levantarlo, escitarlo ó corregirlo. Si prorrumpe en himno radiante ó se eleva al éstasis contemplativo, manifiesta los tesoros de la gracia divina y arrebatada, admira y celebra los atributos del Todopoderoso, la belleza y armonía de la creacion, ó el inflamado y delirante vuelo de la esperanza. Así, la verdadera oracion siempre se refiere y depende del orden supremo al cual aspira, tiende, se une, ó vuelve constantemente; y como la ha definido perfectamente un autor francés ¹ *la oracion es el aliento del alma.*

¹ Saint Martin.

CAPITULO XIII.

De la revelacion. Pruebas del cristianismo.

Entiéndese por revelacion una doctrina dimanada directamente de Dios al hombre.

Esta verdad, prescindiendo de las pruebas teológicas, se demuestra por la sana razon y los mas irresistibles argumentos. Es la única solucion que pueda darse á una multitud de dificultades é imposibilidades que abruman y confunden las imagaciones mas apáticas. En efecto si, como no admite duda, el individuo humano solo llega á ser hombre por la educacion que recibe: ¿quien ha enseñado al primer hombre?

El hombre solo puede existir por sí mismo en el estado adulto; luego el primer hombre ha llegado al mundo en el estado adulto. Ahora bien, ¿quien le ha comunicado la esperiencia necesaria para vivir, esto es, para andar, para ver, para oir, para reconocer su alimento, etc.? Si hubiese estado obligado de adquirir por sí mismo la indispensable instruccion para operar estas acciones, hubiera tenido necesidad de mas dias de que se necesitan, en el orden ordinario de la vida, para morir de hambre. Todo hombre recibe el primer alimento de su padre y de su madre: ¿cuales han sido el padre y la madre del primer hombre? El hombre solo puede comunicar con sus semejantes por medio del language: